

Julio César Santoyo, La traducción medieval en la Península Ibérica (siglos III-XV), León, Universidad de León, 2009, 534 pp.

Elena Irene ZAMORA RAMÍREZ
Universidad de Valladolid

La traducción medieval en la Península Ibérica es una obra exhaustiva que se ocupa de recopilar y describir la actividad traductora llevada a cabo en los reinos peninsulares entre los siglos III y XV. En esta obra, Julio César Santoyo nos dirige en un interesante recorrido por los traductores y sus obras a lo largo de la Edad Media. Para ello se centra principalmente en la figura del traductor, sin dejar de lado las lenguas origen y meta y las teorías sobre la traducción elaboradas en este largo periodo. Todo ello relacionado, como es necesario, con los acontecimientos históricos ocurridos en la península ibérica en esa época. Con esta valiosa contribución, se cubre un vacío en lo que a la historia de la traducción medieval se refiere.

La obra está estructurada en seis capítulos. Comienza con una reflexión sobre cómo enfrentarse a la labor del historiador de la traducción. A partir de aquí, cada bloque se estructura en un estudio de la traducción en un periodo establecido por el autor. La primera división engloba los siglos III-XI y, a continuación, pasa a dedicar un capítulo a cada siglo, hasta llegar al XV, al que

dedica dos capítulos debido a la gran actividad traductora llevada a cabo en la península ibérica en esa época.

Pasemos ahora a hacer una breve descripción de los contenidos que esta obra nos presenta. En el capítulo introductorio titulado «De la mano de Paul Veyne: A propósito de la historia de la traducción en la Edad Media peninsular», Santoyo nos muestra sus reflexiones sobre los problemas que se le presentan al historiador de la traducción a la hora de enfrentarse a su tarea. Un primer aspecto que trata es la mutilación –entendida aquí como falta de datos– que a lo largo de la Edad Media sufre la historia de la traducción. En este primer capítulo pretende hacernos conscientes del problema que suponen las diversas *lagunas* existentes en la materia. A este problema, el autor añade el de la identificación de la «condición original o traducida de un texto». Termina este apartado señalando la necesidad de rigor a la hora de enfrentarse a los periodos de tiempo en los que desconocemos los datos.

El primer capítulo se titula «Primeros testimonios, largos silencios (ss. III-XI)». Esta parte del libro está dedicada a la labor de traductores cristianos, musulmanes y judíos. Las lenguas de traducción en este siglo fueron principalmente latín, griego, árabe y hebreo. Cabe mencionar la labor de importantes traductores como Martín de Dume y su discípulo Pascasio. Al final de este capítulo, el autor saca a la luz algunos errores cometidos respecto a obras o autores de este siglo, por lo que los enmienda y da su opinión al respecto.

En el segundo capítulo «De cristianos, judíos y musulmanes, peninsulares y ultrapirenaicos: el siglo XII», se presta atención a la denominada *Escuela de traductores de Toledo*, dando numerosos argumentos que prueban su inexistencia. También se tratan otros asuntos como los traductores que se encontraban en la península ibérica en esa época y las traducciones que llevaron a cabo, las relaciones que mantenían entre ellos, sus ocasionales colaboraciones, su *modus operandi*, la autoría de las obras y la procedencia de los originales árabes. Termina el capítulo con una inspiradora carta de Maimónides que, en palabras del autor, «constituye todo un primer tratado germinal sobre la traducción y los modos de traducir» (2009: 159).

El tercer capítulo «De cortes itinerantes, de libros y documentos, de traductores e intérpretes: el siglo XIII», comienza detallándonos la labor de una nueva generación de traductores del árabe al latín. Un poco más adelante, el autor cita y comenta una dura crítica de Roger Bacon a los traductores peninsulares. Asimismo, es durante este siglo cuando ven la luz las primeras traduc-

ciones al castellano como lengua meta de traducción. Se destaca la labor de los traductores de la corte de Alfonso X, muy dispares en cuanto a su procedencia y religión, en palabras del autor «los identificados nominalmente se agrupan tradicionalmente en dos categorías: cinco italianos y once naturales del país; de estos últimos, cinco judíos, cinco cristianos y un musulmán (?) o converso (?)» (2009: 180). Por otro lado, resalta la importancia de las escuelas de lenguas orientales y de la ciudad de Murcia como centro intelectual de la época. Fuera ya de lo relacionado con la corte de Alfonso X, Santoyo se ocupa de la obra de los demás traductores presentes en la península ibérica. Especial mención entre ellos merece el célebre Ramón Llull. Más tarde, se detiene en la labor de los traductores judíos que habitualmente tenían como lenguas de trabajo el árabe, el hebreo y, en ocasiones, el latín. En el final de este capítulo se menciona el control sobre las traducciones ejercido por los poderes públicos o religiosos. Como dice Santoyo, «el texto traducido es un texto difundido» (2009: 223) por lo que siempre despertará suspicacias en los distintos poderes. Termina con la mención a la traducción de documentos de «índole diaria» que, como comenta el autor, «apenas ha atraído nunca la atención del estudioso» (2009: 226).

El cuarto capítulo «El siglo XIV: la nueva mirada a Europa» nos conduce al conocimiento de grandes aportaciones, ya que profundiza en las traducciones llevadas a cabo en un siglo que habitualmente se ha pasado por alto en la historia de la traducción. Santoyo nos da a conocer numerosos motivos por los que este siglo es clave para la historia de la traducción: el árabe pierde fuerza como lengua origen mientras que el latín, el griego y las lenguas peninsulares experimentan un auge decisivo; aumenta el interés por la actividad intelectual europea perdiendo interés la cultura árabe; como consecuencia de esto se produce la desaparición del colaborador o co-traductor musulmán o judío. En este siglo se produce una importante labor de traducción a las lenguas romances peninsulares. Sin embargo, es en el reino de Aragón donde se experimenta un mayor auge de traducciones en lengua catalana, llevadas a cabo principalmente por religiosos regulares, escribanos y notarios. Se marca también un punto de partida para las traducciones intrapeninsulares y las traducciones desde otras lenguas romances extrapeninsulares. En cuanto a la teoría de la traducción, en este siglo se da un paso muy decisivo, ya que surgen las primeras reflexiones y se empieza a desarrollar «un inicial y tentativo metalenguaje de la traducción, en particular en castellano y catalán» (2009: 300).

La extensa labor traductora del siglo XV lleva al autor a dividir este periodo en dos capítulos titulados: «El siglo XV: Un mar de traducciones: De

marqués a marqués. De Villena a Santillana» y «El siglo XV: Un mar desbordado: de Juan de Segovia a Antonio de Nebrija». Los títulos son muy acertados ya que en este período nos sumergimos en un auténtico mar de traducciones.

Un dato importante mencionado en este capítulo es la primera aparición del neologismo *traduzir* en castellano en el *Omero romançado* de Juan de Mena (2009: 334). Igualmente interesante y representativo de la evolución de la teoría de la traducción es el encendido debate epistolar entre Alonso de Cartagena y Leonardo Bruni. Alonso de Madrigal *el Tostado*, también aportó numerosas reflexiones al estudio de la traducción que Santoyo analiza en este capítulo. Importante es, asimismo, la mención que se hace a la, así denominada por el autor, «escuela de traductores» del marqués de Santillana.

El último capítulo está dedicado a la segunda mitad del siglo XV. Un traductor destacable de esta época es Juan Alfonso de Segovia cuyo interés por el Islam le llevó a querer hacer una nueva traducción trilingüe (árabe, castellano, latín) del *Corán* para lo que contó con la ayuda de Yçe de Yebir, alfaquí de Segovia. Las traducciones al catalán y al valenciano fueron numerosas y el autor da cuenta en este capítulo de su selección personal. La traducción de obras de espiritualidad también fue muy extensa en este siglo ya que, como dice el autor, se «vertió a todos los romances peninsulares un sinfín de tratados de espiritualidad, en el más amplio sentido del término» (2009: 431). Debido al carácter de estos textos, estas obras ofrecen «una literalidad extrema, un léxico llano y una sintaxis muy simple, dominada sobre todo por la parataxis» (2009: 462). A continuación, el autor se ocupa de la traducción de textos de materia médica o veterinaria con originales latinos en casi todos los casos. Posteriormente detalla las traducciones al catalán y valenciano de los relatos del ciclo bretón. La traducción al hebreo y la traducción de tipo documental también son motivo de estudio en este capítulo. Concluye, acertadamente, este libro con la mención a Elio Antonio de Nebrija y sus traducciones.

Se trata de un trabajo extenso y minucioso. Es una aportación original, que se ha basado ante todo en la figura del traductor. Un gran acierto es exponer la relación entre los traductores, sus traducciones y sus circunstancias históricas, lo que nos ayuda a comprender eficazmente el conjunto.

Como último comentario quiero destacar el rigor con el que Julio César Santoyo elabora esta obra corroborando siempre sus afirmaciones con datos precisos. Las abundantes citas que contiene el libro, además de proporcionarnos información de primera mano, nos permiten ver el rigor con el que se ha

realizado. Sabemos que no es fácil reconstruir una historia de la traducción debido a la escasez de datos existente, no en vano comienza el libro advirtiéndonos del «conocimiento mutilado» al que nos enfrentamos. Gracias a la labor de reconstrucción de lo que él denomina un «mosaico», hoy podemos tener una perspectiva más completa de cómo fue la traducción en la época medieval en la península ibérica.

Se trata, por todo lo dicho, de una importante aportación a la historia de la traducción y un libro de obligada consulta para todos aquellos interesados en la traducción medieval en la península ibérica.